

Un día dejé de ser amable.

No es una exageración por mi parte afirmar que aquel fue un día histórico.

A veces es difícil concretar qué da pie a que acontecimientos tan graves se instalen en nuestras vidas para cambiarlas. Me acosté una noche con el aura de un ser merecedor de afecto, al amanecer no era ni mi sombra.

Leí una vez que el reencuentro diario con el ser que éramos al acostarnos es un acto antinatural, que rescatar al amanecer el cuerpo que no está como lo dejamos antes del sueño y hacernos cargo de su memoria es un milagro, no por repetido menos asombroso. Esto es, asumir que somos por la mañana lo que ya fuimos se convierte en un acto de generosidad, de altruismo si se me permite ir un paso más allá, porque no todo lo que recogemos con nuestro cuerpo es lo que queremos ser; quiero decir que yo podría recoger fragmentos de mi persona con los que si no llegaría a ser feliz, sí podría conformarme, pero mi totalidad... ¡Es descabellado!

El sueño interrumpe la linealidad. Al despertar encuentro cosas en mi cuerpo y en mi memoria que yo no puse, cosas de las que no soy responsable. Recogerme, aceptarme y seguir adelante supone un sentimentalismo desatinado. Aunque llevaría tiempo, lo más sensato sería seleccionar con cuidado los fragmentos, apartar aquello que me han echado sobre los hombros y dedicar un poco de tiempo a componer exactamente lo que quiero llevarme. Lo pienso y sé que sería más grato recoger un cuerpo liviano, una memoria

limpia, no adocenarme cada mañana para retomar una vida en la que tengo que asumir una parte que no me corresponde totalmente.

Quizás ilustre esta aproximación a mi metamorfosis una anécdota que a mí me parece reveladora. Un día, caminando por la calle, vi algo extraordinario: una mujer de edad avanzada, arreglada con esmero, maquillada, vestida para una *ocasión*, se sentaba, en el preciso instante que yo pasaba, en el interior de un coche elegante, en el asiento contiguo al del conductor. Esta mujer bajó la ventanilla a continuación mirando hacia el exterior. Otra, en bata, desde la acera, preparaba una cámara fotográfica. La mujer del coche sonrió a la cámara. Era evidente que se disponía a acudir a un acto importante, un acto muy significativo para ella. Pensé en la fotografía que la mujer en bata, probablemente una vecina de la primera, estaba tomando. Esa fotografía era la esencia pura de la mujer compuesta para su acto, era la mujer y sus expectativas, sus deseos totalmente puros, sin mancha. La fotografía tenía que ser esa, no la de la vuelta, pensé entonces, cuando ya todo ha concluido, cuando ya ha recibido o no los saludos, los besos que esperaba, cuando todo ha sucedido o no como había proyectado su imaginación, cuando ya es la esencia adulterada, rebajada, de lo que quiso ser y no fue porque las cosas ya han sido y siempre queda un poso de desencanto y cansancio.

Nuestro cuerpo por la mañana no es lo que somos y nuestras expectativas. Nos falta recomponernos, preparar la emoción, como la mujer de la fotografía. Esos momentos de pureza son raramente alcanzables y no se repiten mañana a mañana. Cada amanecer tenemos algo más que no forma

parte de nosotros. Y la mayor parte de los amaneceres no tenemos expectativas.

No sé qué fue lo que una mañana me impidió el adocenamiento aprendido. Atribuyo a la luz mi metamorfosis. Responsabilizo al día perfectamente claro en el que se operó el cambio, una mañana radiante con una luminosidad que llenaba los volúmenes y que dejó mi cuerpo, que no quería recoger, no ya remiso, sino consumido por la luz cegadora, reducido a la incorporeidad de un fuego fatuo.

Sin responsabilizarme de mi memoria ni de mi cuerpo, salí de casa como cada jornada laborable y el hábito guió mis pasos. Yo me contemplaba como si no estuviera dentro de mí, sino fuera. En realidad, sería más exacto decir que aprecié una diferencia en la perspectiva desde la que contemplaba el mundo. Sentía que hasta aquella mañana yo había sido siempre como el objetivo de la cámara que hace la fotografía y de golpe me había convertido en la mirada, en la mirada del fotógrafo, para la que el objetivo es siempre un fiasco, porque el objetivo no es capaz de captar todo lo que percibe la mirada. Así me sentía mientras la parte mecánica que reconocía como un *alter ego* cumplía con precisión su cometido diario.

Obviamente la costumbre fue a colocar mi cuerpo en su puesto de trabajo, y no me avergüenza decir que el hecho de no encontrarme dentro de él no iba a suponer ninguna diferencia significativa.

Aprecié que con el cambio de perspectiva, de objetivo a mirada, la percepción del paisaje cotidiano se alteraba un poco. Fui súbitamente

consciente de la fealdad de las afueras por las que discurrían las vías del tren que me llevaba a la ciudad; el olor del andén repleto de gente me ofendió; el traqueteo del vagón camino del trabajo me molió los huesos y, al salir en la estación habitual, percibí detalles, ángulos, elementos que parecía que hubiesen acabado de colocar, como en esas películas en las que un ser se apodera de un cuerpo que no le corresponde y eso hace que las cosas sean diferentes.

Vi de lejos a Clara, mi compañera de trabajo. Se dirigía a la puerta del edificio de oficinas caminando a buen paso, por la misma acera que yo, pero en sentido contrario. Nos veíamos, nos reconocíamos, ella ya había trabado conmigo una conversación anticipada. Había bajado la cabeza, sonriendo un poco, como si ya señalase el peso descomunal de su bolso, demasiado grande –se lo había dicho en muchas ocasiones– y se cruzaba a la altura del pecho, con la mano libre, una chaqueta de punto gris, ligera y larga, como un guardapolvos, que dejaba ver los bajos de su falda estrecha, abierta por delante. Un mechón de pelo caía sobre una parte de su rostro cuando volvió a mirarme. Solo era visible media sonrisa, un solo ojo. Bajó la vista hacia sus botas, entonces yo solo veía la punta de su nariz y los pómulos, prominentes. Veía fragmentos de Clara, me daba cuenta entonces. Había compuesto una imagen total de Clara construida a base de fragmentos. Clara era más aceptable que yo mismo si nos detenemos a pensarlo porque yo la estaba componiendo de fragmentos y, lógicamente, yo no tenía que cargar con lo que guardaba su memoria y ella no aceptaba. Porque Clara, y creo que eso era lo que más me agradaba de ella, era una persona que no imponía su intimidad. Era un poco enigma, una mujer iceberg.

Yo lo sabía. Ya componía su relato de una de sus anécdotas sembradas de peripecias, que a mí no me desagradaban, porque eran amenas y nunca cargaban algo personal, íntimo, y entonces, antes de llegar a encontrarme con ella, detenerme, esperar a que salvase la distancia de dos pasos que la separaba de mí, giré en ángulo recto sin dejar que la expresión de mi rostro se alterase y alargué la zancada para llegar antes al ascensor.

Casi de inmediato fui capaz de prever que ella, que me seguía a muy corta distancia, se pondría a mi lado, frente a las puertas cerradas del ascensor, con sus indicadores luminosos en el dintel, para esperar a que llegase la cabina y las puertas se abriesen y ambos entráramos, como solía suceder casi a diario, en el interior. Ella, como siempre, iba a situarse junto a mí, nos rozaríamos los hombros cuando pulsara el botón de la sexta planta después de que yo lo hiciera, con esa irritante indiferencia suya ante cualquier acto que no haya sido ejecutado por ella misma, y seguramente encajaría mi giro brusco, esquivo, como una broma o tal vez pensara que podía posponer el relato que venía componiendo para interesarse superficialmente por lo que me sucedía. En cualquier caso era inevitable que me dirigiera la palabra.

Eso, intuí, restaría trascendencia a mi súbita decisión de no reconocerla –todavía no era consciente de que la decisión que había tomado era la de no ser amable, el no encuentro con Clara, mi des-conocimiento de ella había sido solo un impulso, no una afirmación–, así que desvié ligeramente la dirección de mis pasos y me encaminé a la puerta abatible que daba acceso a la escalera de emergencia sin dudarlo ni un momento, dejando que se cerrara con gran estruendo a mis espaldas, en un acorde que se amplificó en las paredes

desnudas de hormigón, en el vano laberíntico de la escalera estanca hasta hacerse ensordecedor en la parte superior para luego debilitarse hasta morir. El vacío que siguió al estruendo y su eco fue como si marcara el inicio de un movimiento... no sé cómo explicarlo, un movimiento de una forma como la sonata, de música conceptual, muy abstracta, pero que actuaba sobre cada resorte de mi persona de una forma muy física, muy concreta, nerviosa, despertándome a una nueva conciencia.

Pensé entonces que no tenía nada contra Clara, todo lo contrario. Si pensaba en ella de forma discontinua, no como una totalidad, no con esa especie de visión monolítica que nos aplasta cuando se nos hace presente una persona en el pensamiento, sino como una sucesión aleatoria de momentos aislados, como fragmentos, Clara me era una persona *muy* agradable. Y yo no la había afrentado, no. Simplemente me había negado a plegarme al juego del reconocimiento diario. Mi cuerpo, vacío de mí y de mi memoria, no reconocía, lo cual desembocaba en una simple pérdida de amabilidad.

Ahí ya sí se fraguaba el hierro de la decisión. No había reconocido a Clara y Clara me era una persona *muy* agradable. Esta constatación otorgaba mucho más valor a mi propósito, que ya se materializaba, de dejar de ser amable. Es fácil no ser amable con alguien por quien no sentimos el menor afecto, la decisión en cambio es más apreciable cuando casi nos cuesta violencia contra nuestras inclinaciones.

Conté uno a uno los escalones hasta el sexto piso. Oí que el ascensor hacía tres desplazamientos a lo largo del hueco vecino a la escalera, cada uno de ellos acompañado por rítmicos y repetitivos *clang-clang*: uno hacia abajo,

corto, otro hacia arriba, muy largo, por encima del tercer piso que yo remontaba en ese momento, hasta el sexto, casi al instante otro hacia abajo.

Supuse que Clara estaría haciendo el trayecto de subida con otro, o quizá con dos compañeros más. Era la hora crítica. Siempre sucede lo mismo. Los compañeros brotan del suelo como setas, al lado, cuando esperas la llegada del ascensor: un momento antes no estaban ahí, y de repente, una palmada en la espalda, o una mirada impertinente, incluso una sonrisa fuera de lugar, te anuncian la aparición de alguno. Podría decirse que cuando un trabajador aparece por primera vez frente a la puerta de un ascensor, su primer cometido es dejar bajo el pavimento su micelio y que con la conjunción de los mismos factores día a día, casi no tienen que hacer el trayecto de sus casas al edificio donde trabajan: brotan, regenerándose, con el aire inquietante de los replicantes de ciencia ficción.

Pensé en cada uno de los compañeros a los que solía encontrarme, traté de imaginar con quiénes subiría Clara en el ascensor. Aunque no sabía con exactitud quiénes eran, no importaba. Me di cuenta de que todos eran el mismo, que su identidad era indistinta, no había reparado en ello hasta entonces, y, además, daba igual. Era obvio que si iban junto a Clara, tampoco a ellos podía dirigirles la palabra. Ya estaban contaminados. No tiene sentido retirar a alguien el conocimiento más elemental, ignorarlo, hacerle un completo vacío sin motivo alguno y continuar con todo como si nada hubiese sucedido, más cuando la persona a la que se retira el saludo merece toda nuestra consideración.

En una situación de excepción se impone la coherencia, y en el caso de la desamabilidad, la equidad es piedra angular, porque de ser parcial el vacío de amabilidad sería interpretado a la luz del agravio personal y no era mi intención afrentar a Clara, no. Simplemente había dejado de ser amable.